





































*chanterai* vio la luz y, por lo tanto, predestinado a ser el primero en que desaparezca;

el que la coexistencia de *ho, hai, ha* y *canterò, canterai, canterà* en italiano, de *he, has, ha* y *cantaré, cantarás, cantará* en español (frente a *j'ai, tu as, il a*, con sujeto pronominal, en francés) habría contribuido a mantener mejor el futuro sintético en las dos primeras lenguas;

el que en español y portugués la existencia de *he de/hei de* ejercería un influjo conservador semejante;

el que en castellano y catalán la reducción de *haber/haver* a verbo auxiliar haya debilitado el futuro sintético formado con este verbo, al contrario de lo que pasa en italiano, donde *avere* se conserva en plena función;

el que el francés *je vais chanter* haya surgido como competidor de *je chanterai* en la misma medida en que *j'ai chanté* ha desplazado a *je chanterai*...

Todas estas combinaciones artificiales denotan elementos de causalismo y superstición morfológicos, debidos tal vez, en parte, al contagio de un estructuralismo juguetero, de bajo precio.

Frente a estas tentativas, propongo otra vez el camino ya recomendado: cuando se hagan estudios sobre las expresiones de futuridad en textos de las cuatro lenguas románicas mencionadas (y otras), se verá la enorme variación que, según el ambiente lingüístico y contexto de que se trate, se presenta en cada una, también relativo a la frecuencia del futuro sintético. Posiblemente, para la vitalidad del futuro romance, se distinguen menos las lenguas entre sí que los climas estilísticos de que ellas disponen. En el lenguaje hablado familiar nunca habrá jugado el papel de protagonista dentro del elenco de las expresiones de la futuridad.

HARRI MEIER.